CAPÍTULO XLVI. *De otras cosas que prueban la verdad del capítulo pasado, y se verifica haber sido muy de Dios la obra de esta conversión*

EJADO APARTE LOS MILAGROS QUE HUBO en esta conversión, sucedidos en los indios y sus ministros, los religiosos, digo, después de lo dicho en el capítulo pasado, que para saber que esta conversión era muy de Dios y nacida de su gran consejo, basta saber que tan poca gente como vino, y ministros extraños y de naciones peregrinas, desarraigasen una religión, o (por mejor decir) una relajación de doctrina tan arraigada en los corazones de estos idólatras. Algunos han querido contradecir esta conversión, no atribuyéndola a que haya sido con particular mano y moción de Dios, sino a la facilidad y poca capacidad de los indios que se dejaron vencer fácilmente. Y pues se precian de leer autores y tener de memoria a Escoto,[1] es razón refrescarles la de sus palabras en la segunda cuestión del prólogo que hace a los libros de las sentencias, donde pregunta: Si la noticia sobrenatural y necesaria al hombre para conseguir el fin, está suficientemente declarada en la Sagrada Escritura. Para cuya inteligencia pone ocho vías confirmativas desta verdad, y la octava y última es la de los milagros que hubo en confirmación della; y concluye con decir que si se negare que en comprobación de la doctrina de Cristo y fe evangélica introducida en el mundo no hubo milagros, al menos no se puede negar este que fue grandísimo (y éste nos basta, dice el glorioso agustino) ¿cuál? Que todo el mundo se hubiese sujetado a una religión y doctrina tan contraria a la carne y a la sangre. Quiero decir tan repugnante a vicios y delectaciones (pues es en orden de destruirlas), ¿y qué mayor milagro que unos pocos hombres pobres, humildes y simples pescadores, pudiesen convertir a tantos doctos y sabios? Como parece en Pablo, primero perseguidor de la iglesia y después defensor della y doctor de las gentes, en un agustino, engañado de los maniqueos y convertido por Ambrosio, Dionisio Filósofo, Cipriano Mago y otros. De manera que éstos fueron grandes milagros. En esta conversión decimos lo mismo, que gente tan poca y ministros sin lengua, a los principios pudiesen desquiciar corazones tan hechos a tanto vicio idolátrico, milagro grande. Y no lo es menor que la resistencia que hubo por los ministros de los ídolos (como luego veremos) tan fácilmente se rindiese y aniquilase; que aunque esto parece que fue convenciéndolos con razones, pareciendo a algunos que por ser de poca capacidad se dejaron rendir y vencer fácilmente, como decimos, no es sino fundado en voluntad de Dios y palabras suyas, diciendo por San Mateo:[2] Yo os envío como ovejas entre lobos. Pues si son enviados de Dios, él les dará eficacia para vencer al enemigo, pues es poderoso para ello. Cuando un rey envía un ejército contra alguna provincia, cierta cosa es que lo envía para que la venza, y si

[1] Scot. 2. q. prolog.
[2] Math. 10.

como le queda el deseo desto, tuviera el poder absoluto para conseguir su intento, lo hiciera. Luego síguese que la causa de no vencer en los hombres las más veces, no es el no intentarlo, sino no poder salir con su intento por su poco poder y posible. Pues si en Dios lo concedemos, por ser infinitamente poderoso, síguese que enviando su ejército a conquistar almas, que le ha de conceder esta condición que le falta al hombre rey, que es de vencer al enemigo. Y por eso habla tan absolutamente: Id que yo os envío. Como quien dice: esta causa es mía, por cuanto soy legítimo rey y el demonio, adversario de mi gloria, tiene mi reino usurpado y como a traidor pretendo despojarle dél; para cuyo hecho os escojo y pues yo os envío. Yo os daré el poder para que salgáis con victoria. Y en confirmación de lo dicho dice luego: Yo os doy autoridad para que acoccéis las serpientes y escorpiones, venzáis todo poderío humano y la malicia del demonio, con mi favor y ayuda.[3]

Esto pues vemos cumplido en esta indiana iglesia con la doctrina que a los principios de la plantación de la fe predicaron los ministros evangélicos en ella, a la cual se rindieron los cultores del demonio que ignoraban al verdadero Dios. Y para mayor confirmación desta verdad se prueba, por aquel mandato que hizo Cristo a sus discípulos: Id por todo el universo mundo y predicad el evangelio a toda criatura.[4] Una parte del mundo son estos remotos reinos indianos, donde vinieron ministros suyos enviados por la Sede Apostólica. Varones que según su vida parecen escogidos de Dios para esta obra, enviados entre serpientes y culebras idolátricas; pobres, humildes, desnudos y descalzos, cuyo efecto en su predicación fue lo que luego dice el Señor: Éstas son las señales de la fe en los que creyeren desterrar, en su santísimo nombre, los demonios;[5] lo cual sucedió a muchos destos naturales, en especial a los niños de Tlaxcalla (cuya muerte y martirio tratamos en otra parte), los cuales murieron quebrantando ídolos y desterrando y ahuyentando demonios. Hablarán en lenguas nuevas, ya que en los convertidos no se diga esto, aunque hablaron lenguaje diferente del que corría en su religión, porque comenzaron a tratar la ley de Cristo, y palabras de conversión a Dios; de los ministros fue cierto que hablaron sus lenguas, y no acaso aprendidas sino divinalmente reveladas, como es cierto haberle sucedido al padre fray Juan de San Francisco, estando una noche en el coro de Tlaxcalla en oración,deseando saber la lengua mexicana para aprovechar a los indios en ella, se hinchó de claridad toda la iglesia y le infundió Dios inmediatamente la lengua que deseaba, lo cual conoció en sí el varón de Dios y correspondió al divino beneficio, con estas palabras: *Dominus illuminatio mea, &c.* Dios es mi luz y mi salud, ¿a quién temeré? Y subió otro día al púlpito y predicó fervorosísimamente. Lo cual visto por los naturales, y sabiendo que aquel religioso el día antes no sabía aquel lenguaje, se admiraron y convirtieron muchos a Dios.

Y al padre fray Gerónimo de Mendieta sucedió casi lo mismo; porque

[3] Luc. 12.
[4] Marc. 16.
[5] Marc. 16.

estando algunas veces pensando razones que poder decir a los indios, se le ofrecía juntamente lenguaje con que declararlas, el cual no se acordaba haberlas jamás sabido, ni aprendido; donde se echa muy bien de ver ser este lenguaje administrado de Dios y comunicado a su siervo. Éstos fueron efectos conocidos en los apóstoles, de lo cual se siguió que por momentos crecía el número de los creyentes, y que se convertían multitud de hombres y mujeres, y con grandisísimo fervor y fe traían a su presencia los enfermos y faltos de salud para que los curasen.

Cierto es que siendo ésta condición de aquellos tiempos apostólicos, y de la primitiva iglesia, lo fue también désta, sacando los indios a bandadas los enfermos para que los ministros evangélicos les pusiesen las manos sobre sus cabezas, con que creían sanar luego de sus enfermedades (como dejamos dicho), salía gran multitud de gente a oír la palabra de Dios, crecía el número de los creyentes y convertidos, y no sólo los seguían por las calles de los pueblos donde entraban, sino por los caminos por donde iban (como en su lugar se ha visto), y en esta ciudad de Mexico y sus alderredores los iban a buscar por agua, en barquillas o canoas, para que los bautizasen y confesasen los ya bautizados; que verlos en aquellas ocasiones parecía lo que dice el evangelio de Cristo,[6] cuando se entraba en la mar y le seguían las compañas; y sino podían confesarse en las canoas se echaban a nado.

CAPÍTULO XLVII. *Que se prueba no haber hecho la total predicación del evangelio por todo el mundo. Y de aquí se sigue no haberle oído estos indios desta Nueva España, los cuales lo ignoraron hasta la venida de los españoles y predicación que de él hicieron los ministros evangélicos*

O DICHO EN LOS CAPÍTULOS PASADOS me dá motivo de tratar si la noticia del santo evangelio y conocimiento de la ley de gracia se hizo totalmente luego que lo predicaron los apóstoles o después algún tiempo. O si por ventura no se ha acabado de hacer en todos estos que han corrido, hasta los presentes en que militamos. Y parece, por muchos efectos y causas (en especial por la ignorancia que de él se halla en estas Indias), no haberse predicado totalmente, ni con la suficiencia necesaria, ni que el mundo ha tenido entera noticia de su ley; y aunque así lo pretendo probar parece por otra parte contradecir a San Pablo, que citando a David, en el psalmo diez y ocho, en la carta que escribe a los romanos,[1] dice: El sonido de sus bocas salió por toda la tierra y sus palabras por todos los fines de la redondez del mundo. De este dicho del apóstol han tomado ocasión muchos de los doctores, así antiguos como modernos, de trillar este lugar y

[6] Math. 5.

[1] Ad Rom. 10.